

Antonio Gálvez Ronceros afirma:

LA NEGRITUD

una forma de vivir



Gálvez Ronceros: "El rechazo de una imagen que es antagónica a la imagen que se ha formado en occidente de la belleza, es la discriminación más miserable que pueda haber".

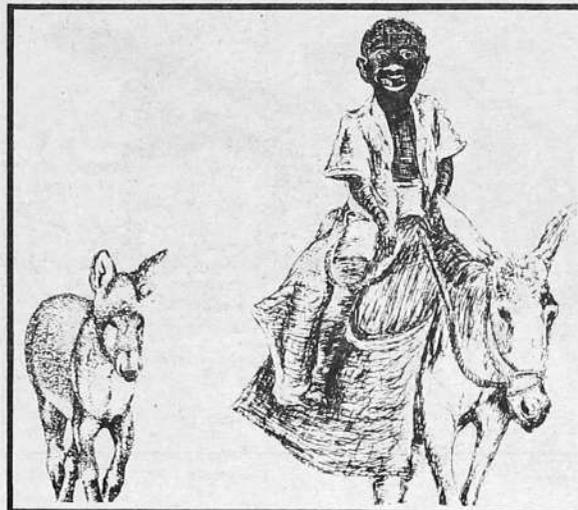
Antonio Gálvez Ronceros, escritor y profesor universitario, es autor de un singular libro —"Monólogo desde las tinieblas"— donde el negro, como personaje literario, constituye el centro de la materia narrativa. Gálvez Ronceros ha recogido el modo de hablar y las actitudes del negro de la campiña de Chincha, quizá por ser él mismo chinchano. Por su libro desfilan con frescura inigualable, todos los negros de esa soleada provincia. Con su obra, rescata a la raza morena para la literatura.

Usted, que ha tocado tantas veces el tema de la negritud en su obra narrativa, ¿qué significado le da

dentro del contexto de nuestro país?

—En mi libro representé cierto universo cultural de un grupo humano de la costa peruana, integrado solamente por negros. Hay ciertas peculiaridades en ese mundo que induciría a pensar que eso constituye la negritud. Pero lo más importante es el hombre, independientemente de las peculiaridades accidentales que pudiera tener. La negritud podrían ser esos rasgos consustanciales que están en la manera de vivir, de concebir el mundo, la naturaleza, etc., de ese grupo social. En mi libro "Monólogo desde las tinieblas", la peculiaridad estaría representada en el uso del castellano por ese grupo social, que no lo tiene ningún otro. Ese rasgo típico del negro campesino y podría ser un rasgo de eso que se ha dado en llamar la negritud.

—Además de esta característi-



ca, en su libro también se muestra un conflicto social: por un lado la raza blanca, avasalladora, y por el otro, la raza negra. ¿Cuál es tu experiencia frente a esto?

—Efectivamente, hay una especie de choque entre ese universo cultural negro y el universo cultural representado por el blanco, en todo caso lo que no es negro. Recuerdo por ejemplo en el cuento "Octubre" la presencia de un negro campesino que llega a la ciudad cuando se celebra la procesión del Señor de los Milagros. Su presencia y el traslado de algunas costumbres que él ha adquirido en el campo, crean problemas. Esas costumbres se estrellan contra algunas instituciones propias de la ciu-





dad. Como es un día de jolgorio para él, independientemente de su fe religiosa, se emborracha y come, y así va a la procesión. Eso lo ven como la imagen que atenta contra la devoción de aquel que va a la procesión. Por otro lado, la necesidad física de orinar, como lo hace en el campo, sin restricciones, en cualquier parte, le causa problemas. Ese cuento representa el choque de que hablábamos entre ambos universos; son dos maneras distintas de vivir en sociedad: una con frescura, naturalidad, sin prejuicios, con libertad, que es la aspiración del hombre del campo y, por otro lado, el hombre de la ciudad que se ha revestido de una actitud de hipocresía, especie de "buenas maneras".

—Esa actitud suya de haber cogido ese tema, ¿significa una puesta de parte suya a favor de los negros, un hacer salir a la superficie problemas que pretendieron ocultarse?

—Por supuesto; eso significa una adhesión profunda de parte del escritor hacia los problemas vinculados al hombre negro. El mismo hecho de haber trabajado la representación de las peculiaridades del habla de estos personajes, significa una penetración en el espíritu del habla, lo que es como decir el espíritu mismo del hombre que habla así. Escribir el libro, dando a conocer la vida cotidiana de este grupo humano que habita la costa del sur chico, es mostrar algo que había permanecido oculto en el ambiente literario. La intención general del libro es plantear el diálogo de estos hombres, que por el hecho de ser negros, campesinos, con una modalidad bastante extraña para las personas que piensan en refinamientos, etc., sus reclamos se convierten en un puro monólogo desde aquello que no quiere conocer el sistema, una especie de tiniebla.

—¿Qué es lo que lleva a un escritor a mostrar esa adhesión tan franca por el problema?

—En primer lugar, lo que yo llamaría la posición de clase. Esto no le viene a uno de pronto,



"Los españoles estaban convencidos de que los negros no eran de ninguna manera un ser humano".

"Güeno... Resuta que yo tabajo too lo día e la semana".



se va construyendo; uno repara que de alguna manera está vinculado a los hombres de esta tierra, que también uno es marginado, que de alguna manera —como ellos— no tenemos donde caer nos muertos y se es objeto de diversos tipos de discriminación, postergaciones, frustraciones. A fuerza de ir reparando en estas cosas, uno se da cuenta de estar dentro de ellos, en su corazón, adhiriéndose entonces a todo lo que eso significa. Hay una asunción de los problemas de ellos como si fuesen los propios; es lo que se llama la solidaridad.

—¿Pero por qué particularmente adherirse al sector negro?

—Aquí hay dos factores. La conciencia que uno tiene de que son un grupo marginado, al que con frecuencia se le hace objeto de discriminación, que por tener limitadas las oportunidades que la sociedad le da, al venir a la ciudad adopta también conductas marginales como la delincuencia, el ayayerismo o la de ser parte de alguna fuerza de choque. Eso por un lado. Por otro lado, el hecho de haber yo nacido en el corazón de esta vasta zona donde viven estos hombres, el distrito de El Carmen, aunque no me crié allí, pues a los tres meses viajé a Chincha Alta, pero siempre tuve contacto con el campo. Todo esto hizo brotar en mí un cariño especial por estas personas.

—¿Recuerdas algún caso particular donde se expresase esa discriminación?

—Sí. Yo estudiaba en una escuela de primaria que quedaba a la vuelta de mi barrio chinchano; el director de esa escuela hacía todo lo posible por evitar que el mes de marzo se matriculara algún negro. Las razones que exhi-

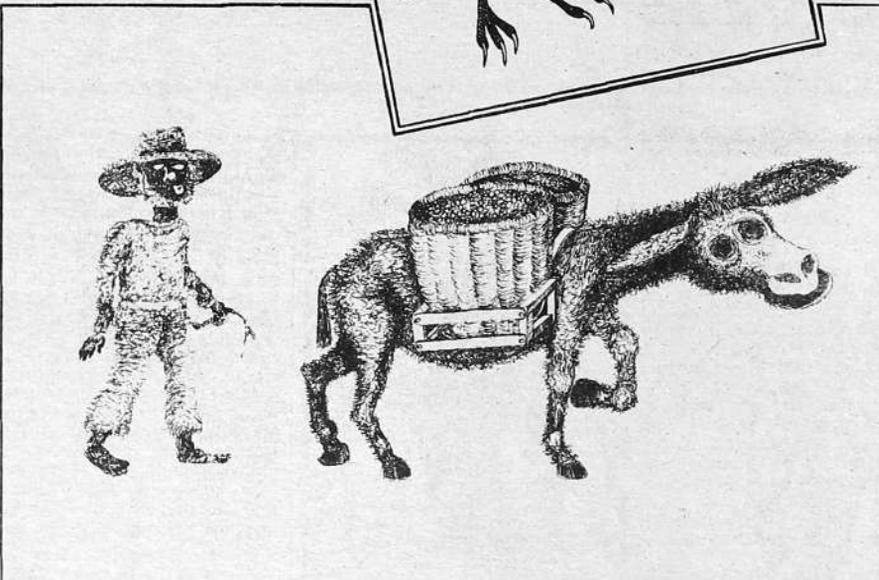
bía, soterradamente, entre sus allegados, era que desprestigiaban a la escuela. Cuando durante los desfiles las escuelas entraban en competencia, mostrando a lo mejor que tenían en marcialidad, desfile y esas cosas, el solo pensar que pudiese haber allí un negro, le enfermaba. Lo curioso era que el director del colegio no era precisamente un blanco. Esta imagen de que el negro es algo digno de ser rechazado —que es uno de los ingredientes que nutre la actitud de la discriminación— había sido asumida muy bien por este individuo. A pesar de eso, en esa escuela estudió Mauro Mina; y un negro, más o menos de la edad de Mina, cuyo labio inferior estaba tan adelantado y caído que, por lo que se comentaba, molestaba a este director. Un rasgo eminentemente racial era motivo de la cólera de tal director. Este negrito, cuyo apelativo era "Cumpay", no era permitido ingresar al colegio. Y esto sucedía en Chincha, una ciudad donde hay muchos negros y algunos que tiramos para negro.

—¿Qué cosa cree usted que esté detrás de la discriminación racial?

—Hay algo que queda de las primitivas razones de la discriminación racial. Los españoles dudaban de si el indio era un animal o un ser humano, pero de lo que sí estaban convencidos era de que el negro no era de ninguna manera un ser humano. El rechazo de una imagen que es antagónica a la imagen que se ha formado en occidente de la belleza, me parece que es la discriminación más miserable que pueda haber. Es posible, que esas grandes cabezas que pensaban así hace siglos, hayan hecho todo lo posible por mantener los resortes de esa discriminación por conveniencias personales, cuando se dieron cuenta de que el negro podría ser muy bien aprovechado y establecer la esclavitud. El problema de la discriminación racial es un problema subyacente, pienso; el principal problema es el económico, cómo desprenderse de la explotación del hombre por el hombre. Los que explotan, sobre todo cuando tienen la piel blanca, pueden recurrir —como de hecho lo hacen— a formas soterradas de discriminación, y les interesa mantener la sociedad que se va formando a base de explotadores. Su misma condición de inhumanidad al explotar, los conduce a mantener como principio de ellos, aquello de que lo blanco es lo que tiene más valor y lo único digno de ser vivido. En consecuencia, todo lo otro debe ser rechazado, y se le debe llevar los residuos, lo que es desechado por la gente "digna" —los blancos en este caso—. Pero esta actitud es soterrada, aunque muchas veces surge.

—Como en el caso de Patricia Ramírez, que fue rechazada del concurso "Miss Perú" por ser negra...

—Así es. Entre paréntesis, me sorprende por qué quiso inscribirse en este concurso. Que lo haya hecho por someter a prueba la actitud de los organizadores, me parece muy inteligente y mucho más si se ha llegado a los niveles de denuncia donde está la cosa ahora. Si no fue así, creo que habría que ser precavido en algunas cosas, y no insistir en algo que se intuía, como el rechazo, que ha ocasionado molestias. (E.S.H.)



"Como verá ute, señô diputra, etc camino e güeno".



UN CUENTO SOBRE NEGROS

¡Miera!

En el camino que lleva al sembrado de camotes el negro don Andrés supo que en los últimos días el caporal Basaldúa se había puesto a hablar feos cosas de él. Mientras compraba plantas en el sembrado y llenaba de camotes los serones de su burro, le dijeron lo mismo. Entonces no aguantó más: trepó al burro de un salto y enderezó por un atajo hacia la casa del caporal. Pero ahí le dijeron que se había ido a vigilar unos riegos en la Punta de la Isla y que volvería una semana después. Sin decir nada pero a-

quantándose, don Andrés regresó rápidamente a su casa, se bajó casi arrojándose del burro, lo dejó plantado con los serones cargados, se metió corriendo en la primera habitación y llamó a su hija mayor:

—¡Patora! —los labios se le habían hinchado y parecían pelotas.

Saliendo de la habitación contigua, Pastora se presentó alarmada.

—Patora, tú que sabe equibir, hame una cada pa mandáse-la hata la Punta e la Ila a ese caporá Basadúa, que nue tá acá y sia ido pallá depué quiabó mal de mí. Yo te vua decí qué vas a poné en er papé.

—Ya, tata, vua traé papé y lápice —dijo la hija. Se metió en los interiores de la casa y poco después regresó.

—Ponte ahí, Patora —dijo don Andrés—, que su boca es una miera, que su diente esota miera, su palabira un montón de miera... Miera esa mula que monta. Miera su epuela. Miera su rebenque.

Miera el sombreiro con quianda. Miera esa cotumbe e miera diandá mirando tabajo ajeno... Léemela, Patora, a ve qué fartra.

Cuando la hija acabó de leer, don Andrés tenía un gesto de duda como si ya no confiara del todo en sus propias palabras.

—Oye, Patora —dijo finalmente—, quitale un poco e miera a ese papé.

Ya ta dicho

En cualquier momento llegaría al caserío el diputado de la provincia. Y el negro Froilán, que en nombre del pueblo debía pedirle que se asfaltara el camino principal, estaba malhumorado: le habían advertido que no hablara mucho porque los diputados pensaban que los negros hablaban mal.

Cuando llegó el diputado con su comitiva, Froilán le salió al paso y le dijo:

—Como verá uté, señó diputra, ete camino e güeno. Pero como lo camione se golpean con tanto güeco que tiene, necesita

su afarrao.

—¿Cómo, cómo?

—Ya ta dicho.

El carnet

Llevando un atado de paja de frejol, un negro muy viejo atraviesa la solitaria placita de la hacienda. Al pasar frente a la comisaría un guardia que se aburría en el umbral le dijo:

—¡Alto!

—Aquí toy, señó.

—Su carnet.

—Señó, cainé tengo, pero ta pa llená.

—Y por qué no lo ha hecho llenar.

—Güeno... Resuta que yo tabajo too lo día e la semana. Y ahí ta don Erique Cabreira, que mi bueye se caen de hambe, muelto, jalando agua hata lo día domingo pa la casacienda. Po ese motivo no pueiro i al pueblo. Dicen que hay que i a tomase una fotografía en un apadato, quiuno se pone derante, y atrá



una con capa nera dice: "¡Etric!, ya ta lito". Y dicen que se apadato queda en una calle que se llama Derecha, y como queda que yo no vual pueblo dede quesa calle era torcira...

—Bueno, bueno. Digame: ¿y cómo es que ahora usted no está trabajando con los bueyes?

—No créa. Yo me dao un brinco pacá, a pedí eta paja e frijón pa mi bueye que me tan eperando junto al pozo diagua pa segui tabajaindo. Sian caído de hambe y mian dicho: "Quedemo paja e frijón pa segui tabajaindo".

—Ah ¿sí?

—Así e, señó.

—¿Y dónde queda ese pozo de agua?

—Ya. Uté ta aquí, ¿no? ¿Uté ve esa planta e pacay que ta allá abajo? Esa planta e de Bernardrino. Má abajito, ahí cae el pozo.

—¿Y dónde vive usted?

—Ya. Uté ta aquí, ¿no? ¿Uté ve esa planta de epigua que ta allá ponde viene volando esa mancha e pericos? Esa planta e de...

—Ya, ya, váyase.

—Cómo no, señó.

